

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO III.

MADRID, 10 DE MAYO DE 1908

NÚMERO 19



LA PLANTA DE LA VIDA

LA MADRE ENFERMA

Había una vez una pobre mujer viuda que vivía en compañía de un hijito suyo llamado Enrique; le amaba tiernamente, cosa bien merecida por el niño, pues difícil sería encontrar una criatura más encantadora. Aunque no tenía nada más que siete años, él era quien

cuidaba de la casa mientras su madre trabajaba para ir luego á vender su obra, con la venta de la cual atendía á su manutención y á la de su hijo. El lavaba, fregaba el suelo, hacía la comida, cuidaba del pequeño jardín, y cuando terminaba todos estos quehaceres se dedicaba á remendar sus trajes y los de su madre, ó á construir sillas, bancos, en lo que la medida de sus fuerzas se lo permitían.

La casa en que vivían era suya, y se hallaba aislada; enfrente de una ventana se alzaba una altísima montaña, tan elevada que nadie había podido llegar hasta su cumbre, y que además se hallaba rodeada de un torrente impetuoso, de altos muros y de abismos infranqueables.

Eran en medio de su pobreza dichosos, cuando la pobre madre cayó enferma. No conocían ningún médico, aunque verdad es que aunque le conociesen no hubiesen tenido con qué pagarle las visitas. Enriquito no sabía qué hacer para curarla; cuando tenía sed la daba agua pura, pues otra cosa no tenía; ni de día ni de noche se apartaba de su lado, y cuando se quedaba dormida la miraba y lloraba en silencio.

La enferma cada vez estaba peor, y llegó á perder por completo el conocimiento, hasta el punto de no reconocer á su hijito, que de rodillas junto á su lecho lloraba sin cesar. En su desesperación, exclamó:

—¡Socorredme, hada Bienhechora, y salvad á mi madre!

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando la ventana se abrió y vió entrar por ella una dama elegantemente vestida, que con una voz muy dulce, le preguntó:

—Como me has llamado, aquí estoy; ¿qué deseas de mí?

—Señora—exclamó Enriquito arrojándose á sus pies y juntando las manos en actitud de súplica,—si sois el hada Bienhechora salvad á mi pobre mamá, que se está muriendo y me deja solo en el mundo.

El hada miró al niño enternecida, y después, sin decir palabra, se aproximó á la enferma, inclinándose sobre ella para examinarla, y después de soplarla en el rostro, dijo:

—No está en mi mano salvar á tu mamá, pobre niño; á ti sólo está reservada su curación, si tienes el valor necesario para emprender el viaje que voy á indicarte.

—Hablad, señora, no hay nada en el mundo que no haga por salvarla.

—Es necesario—dijo el hada—que vayas á buscar la *planta de la vida*, que crece en lo más alto de la montaña que desde aquí se divisa; cuando tengas en tu poder esa planta, exprime su jugo en la boca de tu mamá, que inmediatamente volverá á la vida.

—Partiré en seguida, pero ¿quién cuidará entretanto de mi madre?, y además—añadió llorando Enrique—¿que cuando yo vuelva ya habrá muerto!

—Está tranquilo, pobre niño; si vas en busca de la planta de la vida, tu mamá de nada necesitará hasta que vuelvas, y seguirá en el estado en que actualmente la ves. Pero te advierto que has de correr muchos peligros y fatigas para alcanzarla, y has de contar con mucho valor y perseverancia para traerla.

—El valor y la perseverancia no han de faltarme. Decidme solamente cómo reconoceré esa planta entre todas las que cubren la montaña.

—Si llegas á lo alto llamarás al doctor que está encargado de custodiarla; le dirás que soy yo quien te envía, y él te dará un tallo.

Enriquito dió las gracias al hada besándola las manos; se despidió de su madre cubriéndola de besos, y metiéndose un pan en el bolsillo salió después de haber saludado respetuosamente al hada.

Esta sonrió contemplando á aquel pobre niño de siete años que partía solo para escalar una montaña tan llena de peligros que todos cuantos habían intentado hacerlo habían pagado con la vida su temerario intento.

II

EL CUERVO, EL GALLO Y LA RANA

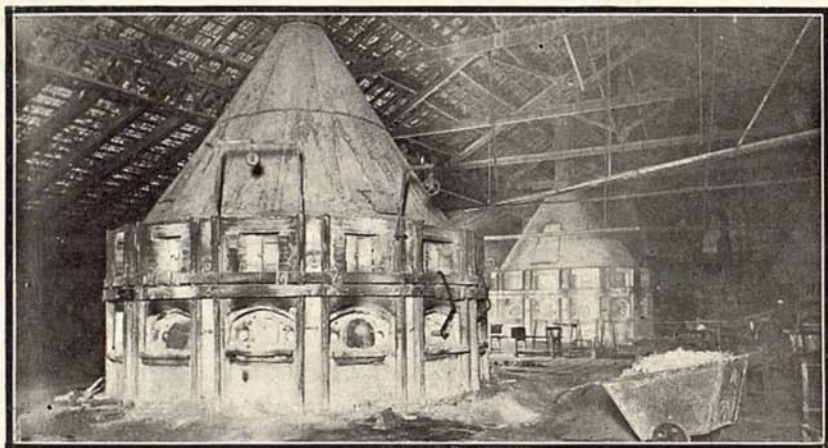
Enriquito marchó resueltamente hacia la montaña, la cual se encontraba mucho más lejos de lo que á primera vista aparentaba; así es que en lugar de tardar media hora como creía, tuvo que marchar durante todo el día para encontrarse en la falda.

Como á la tercera parte del camino, vió un cuervo que se había dejado coger por una pata en un lazo preparado por un travieso muchacho. El pobre animal hacía esfuerzos desesperados para desasirse de lo que le sujetaba y hacía tanto sufrir. Enriquito corrió á él y cortó el bramante que sujetaba la pata dejándole en libertad. El cuervo, una vez suelto, ehóse á volar con suma rapidez, después de haber gritado á Enriquito:

—Muchas gracias, Enriquito, ya te pagaré el favor.

Continuará.





SALA DE HORNOS

EL VIDRIO

Tal es la costumbre que tenemos de usar objetos de vidrio y de cristal, y tal la baratura de éstos, que no apreciamos debidamente la comodidad que nos reportan y lo que contribuyen á nuestro bienestar. No se conoce á punto fijo su origen, ni cómo llegó á descubrirse, aunque es lo probable que—al igual de lo ocurrido en muchos casos—fuese la casualidad la que más pusiera de su parte para ese hallazgo.

Lo cierto y seguro es que los romanos conocían el secreto de la fabricación del vidrio, y buena prueba de ello son los objetos de todas clases que se han encontrado en los sepulcros descubiertos en distintos puntos, y que pueden contemplarse en los Museos, aparte del testimonio que de ello dan escritores de la época, tales como Séneca, Plinio y Estrabon, los cuales hablan de que se empleaba el vidrio no ya sólo para hacer objetos de uso corriente (botellas, vasos), sino para el adorno y decorado de las habitaciones.

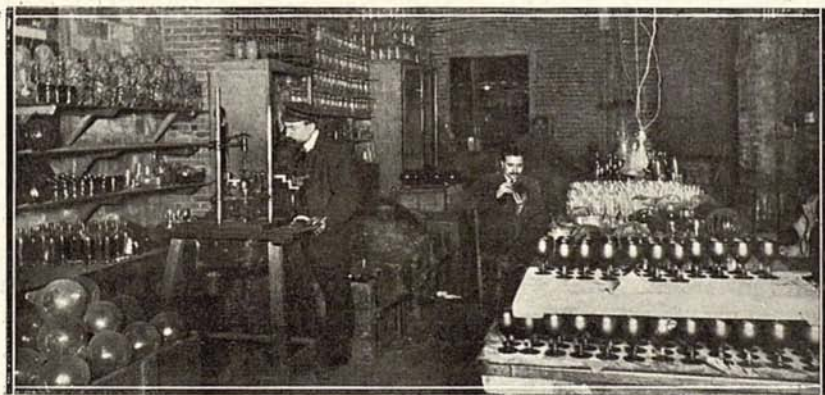
A la caída del Imperio romano se abandonó esta industria, al menos en Italia, y sólo continuaron trabajando el vidrio en Alejandría, hasta que, allá por el siglo XIII, se estableció una fábrica en Venecia cuya importancia fué creciendo de tal modo, que su fama ha llegado hasta nuestros días. En el siglo XV rivalizaron con los de Venecia los vidrios de Bohemia, y, más tarde, los que fabricaron los franceses en Saint-Gobain.

Debe advertirse que la especialidad de la industria veneciana fueron, principalmente, los espejos ó lunas; que Bohemia sobresalió en la cristalería para mesa, y que la fama de Saint-Gobain se la han dado los cristales de grandes dimensiones. Y para que esta breve reseña sea completa, hay que añadir que Inglaterra ha monopolizado por espacio de muchos años la construcción de cristales macizos de donde se

tallan las lentes de los instrumentos de óptica, tales como anteojos, telescopios, microscopios, etc.

El vidrio es una sal resultante de la combinación de la sílice con la potasa, con el sodio, con la cal, con la magnesia ó con el alumbre. La sílice es una substancia muy común que se encuentra en la arena, en el cuarzo; sometiéndola á una temperatura muy elevada, unida á esas otras materias que antes nombro, se combina con ellas. Se transforma en un cuerpo transparente y queda convertida en vidrio.

Tales son los principios generales de su fabricación, pues los elementos de que se compone varían según la clase que se quiera obtener dado el objeto á que se le destina; así, el vidrio para botellas no está formado de las mismas materias que el *fluit glass* ó que el *croson glass* que se emplean para los cristales de los aparatos de óptica.



SECCIÓN DE GRABADO

Y según la clase de vidrio ó cristal que se construya, variará el procedimiento para fabricarlo. Por lo común, se procede del siguiente modo: se pulverizan las primeras materias; se echan en el crisol y éste se mete en el horno, en donde se calcinan; elevando luego la temperatura se llegan á fundir ó liquidar, y entonces se revuelve esa masa para que desprenda los gases que contiene. Cuando ya no se producen burbujas, se baja el calor del horno á fin de que la materia fundida se ponga consistente y en condiciones de trabajarse, y una vez que las piezas están ya hechas, se meten otra vez en el horno, el cual se va dejando enfriar poco á poco. Este procedimiento tiene el inconveniente de ser muy largo, dado que el horno tarda mucho tiempo en enfriarse; para evitar esto se suelen meter los objetos ya fabricados, puestos sobre vagonetas, en una galería cuyo solo centro esté calentado al rojo, y sus extremos más fríos; así se logra que, al recorrerla los objetos, no se produzcan enfriamientos repentinos que son los que hay que evitar.

JUAN ANTÓN



CÓMO SE EDUCÓ PILUCA

XVI

Anda ¡Y es verdad que se chuparon los dedos! ¡Cuánto nos reimos! Pero la verdad es que también se estuvieron burlando de mí, porque cuando me senté en la mesa, ¡qué vestido llevaba yo, Dios mío! ¡Cuantísimas manchas! No me fijé, y todos se echaron á reir en cuanto me vieron. Al principio no me acordaba de que serían los manchones, pero luego dije:

—¡Ay, qué gracia! Si es que al mondar los melocotones y quitarlos el hueso, me puse muy sucia y me limpié las manos en el traje.

—¡Rabia, Piluca!—decían mis hermanos;—tú nos llamas cochinos porque nos chupamos los dedos; pero más lo eres tú, que te los limpias en el vestido, con la diferencia de que nosotros lo hacemos en broma y tú lo has hecho de veras.

¡Qué raro! Al oír eso no me dió la corajina que otras veces, ni siquiera tiré un vaso á la cabeza de nadie; lo que sí pasó fué que me puse colorada y me dió un poquito de vergüenza, y pensé que no volvería á limpiarme las manos sucias en los trajes. Debe ser verdad que tengo ahora un angelito dentro, como dice la *miss*. ¡Miren ustedes que no pegar yo á nadie, ni patalear siquiera!

Ahora tengo un capricho, y no me atrevo á decírselo á papá ni á mamá. Como todo se lo cuento á la *miss*, que es tan buena, la dije un día en paseo:

—Dígame, *miss*. ¿Cómo pediría yo á papá una cosa muy grande?

—Pues si no es nada malo, lo mejor que puedes hacer es pedirte mucho, para ver si como premio te dan lo que quieres—dijo la *miss*.

—¡Ay, qué bonita idea, *miss*! ¡Voy á trabajar de firme y a pasarme unos días sin jugar al diábolo, y si no me dan nada!

Y ahora leo todos los días un rato muy grande, y escribo palabras largas, y rezo lo menos media hora por la mañana y otro tanto por la noche, sin dormirme ni cansarme, y hablo casi siempre en francés sin equivocarme, y no pego al nene ni pellizco á mis hermanos mayores, ni tiro del rabo al *Sultán*, y hasta pienso en hacerle las fundas para que no se le enfríen las orejas, ni hago rabiarse á la cocinera... ¡Si después de todo esto no me dan lo que pida, será una injusticia!

Bueno; ahora voy á explicar á ustedes un guiso muy bueno y la mar de divertido; es una cosa que echa fuego... ¿No lo adivinan? ¡Qué tontos! Yo me he divertido muchísimo haciéndolo... Se llama... *tortilla al ron*; ¡es más preciosa! Verán ustedes: yo pedí... es decir, no los pedí, cogí dos huevos y los batí, pero no mucho, porque me dijo la cocinera que no los batiese mucho, y después los eché una cucharada de azúcar; después me subí en una silla, porque no alcanzo al fogón, y cuando me dijo la cocinera que estaba en punto el poquitín de aceite que había en la sartén, vertí los dos huevos... ¡Ay, qué lío!, si no llega á estar ella conmigo me abraso, y además hubiese salido mal el guiso, porque yo no sabía poner juntito todo el huevo con la paleta; eso lo hizo la cocinera, y además, el doblar la tortilla por la mitad. Pero después llegó lo bonito. Colocamos la tortilla en una fuente; encima de ella y todo alrededor pusimos terroncitos de azúcar, que los fuimos mojando en ron con una cucharilla; después encendí una cerilla, la cocinera la quitó la cabeza y la arrimó á un terrón, y... ¡pun! se prendió fuego á todos y á la tortilla. ¡Y así, con llamas y todo, se saca á la mesa! ¡Pero no se la come uno con el fuego; no vayan ustedes á figurarse! Se espera á que se acaben las llamas para no quemarse la lengua. ¡Está más rica la tortilla al ron!

Lo que siento es que no hago nada con el almirez. ¡Y á mí que me parecía que no se podía guisar sin él! ¡Ah! Ahora me pongo un delantal cuando voy á guisar, porque como dice la *miss*:

—*Un enfant sale, c'est un enfant laid.*

M. ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO





LA CIUDAD ETERNA

Una de las vistas más hermosas é imponentes de Roma es la que reproduce nuestro grabado, que abarca el Tíber, el castillo de Santángelo y su puente, y en el fondo la majestuosa cúpula de la basílica de San Pedro. El Tíber, de amarillentas ondas, guarda perdurables recuerdos de la ciudad eterna.

¡Cuántas víctimas han caído á su turbio seno, ya de los defensores de la ciudad, ya de los sacrificados por la tiranía de los emperadores!

El castillo fué edificado para mausoleo por el emperador Adriano. Según Procopio, estaba revestido de losas de mármol de Paros, y á los cuatro ángulos de su basamento existían otros tantos grupos de hombres, con sus caballos de bronce dorado. Desmantelado por las guerras, pasó luego á poder de los Papas, y Bonifacio IX le hizo restaurar, aumentando sus fortificaciones en 1499, dándole comunicación con el Vaticano por medio de un pasaje practicado en la parte Norte de los muros de la ciudad leonina.

EL GRILLO

En una hermosa pradera, cubierta de menuda hierbecilla y adornada con garridas y multicolores fiores, vivía no ha mucho tiempo un gallardo grillo que pasaba su corta existencia en perpetuo dulzor de horas felices, sin conocer, por su ventura, en qué consistiera la más pequeña pena. No hacía más que comer y divertirse. Tenía junto á su agujero un miniaturesco bosque de tiernas mielgucillas que, juntamente con el alimento, le suministraba fresca y apacible sombra y seguro y protector escondrijo. A la puesta del sol, cuando las tinieblas de la noche parecían rodar desde un lejano monte á la ancha y plácida llanura, nuestro grillo asomaba á la puerta de su vivienda su redonda

y negra cabeza, no sin que le precedieran, como nuncios ó heraldos, sus dos largas y ahiladas antenas, y cuando se aseguraba de que no había asechanzas que temer ni peligros que huir, ahuecaba sus dorados élitros, y allá iba su monorrítmico *cric-cric* saltando de surco en surco hasta perderse en la lejanía.

Por ser el tal muy prudente, no gustaba de cantar más que al anoecer, cuando ya toda la gente se encaminaba hacia el pueblo, y con todo, ocasiones hubo en que calló de pronto, nada más que porque



Regidor

á lo lejos percibiera el soñoliento tintinear de alguna pastoril esquila. Pero poco á poco fué perdiendo el temor y el recelo. Cantó en la madrugada por acompañar á las parleras golondrinas; en la siesta, por celebrar la gloria del fecundante sol estival; en la mañana, por no ser menos que los trinadores jilgueros. Y como no le acontecía ningún contratiempo, fué tal su confianza, que el que antes se asustaba del crujir de una cañaheja de trigo, no temía ya ni el estrépito de unos zapatones que pasaran junto á su vivienda...

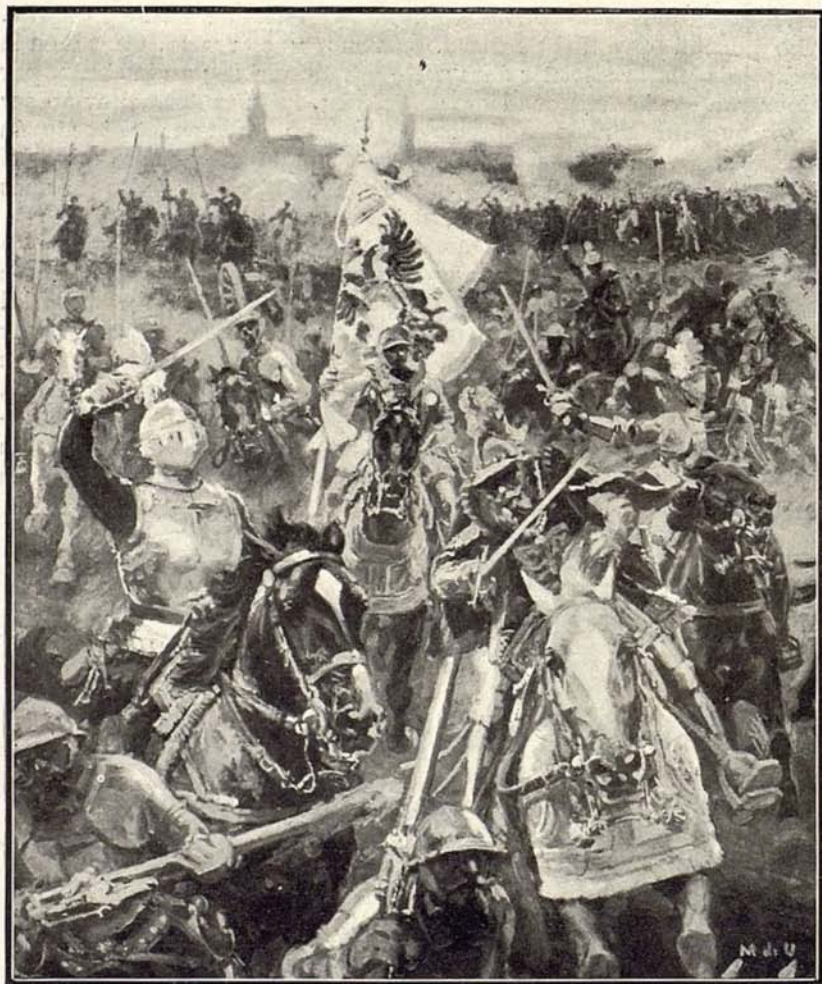
Una tarde sintió rumor de pasos que se acercaban, y sin hacer caso de ellos siguió cantando, con más furor si cabe, pues casualmente estaba dirigiendo un reto á un grillo cojo que se atrevía ¡el menguado! á disputarle el cariño de la más simpática grilla que se paseaba por aquellos campos. Pero de pronto tuvo, no ya que callarse, sino que correr á su agujero y precipitarse en él poco menos que de cabeza, pues había visto á una cuarta de sus antenas la astuta figura de un rapaz, que sin duda alguna iba en busca suya... Cuando, transcurrido un poco tiempo, pensaba nuestro héroe que ya era pasado el peligro, vió



su vivienda llena de agua, y forzado por la necesidad de escapar del peligro de ahogarse, vino á caer en las manos del más experto cazador de grillos...

Desde el siguiente día, el cuitado coleóptero vivió encerrado en una pequeña y redonda jaulita puesta al lado de un balcón, y entregado á una honda y desesperada melancolía se pasaba las horas y los días pensando, aunque tardíamente, que en la confianza está el peligro. Si él hubiera sido siempre prudente...

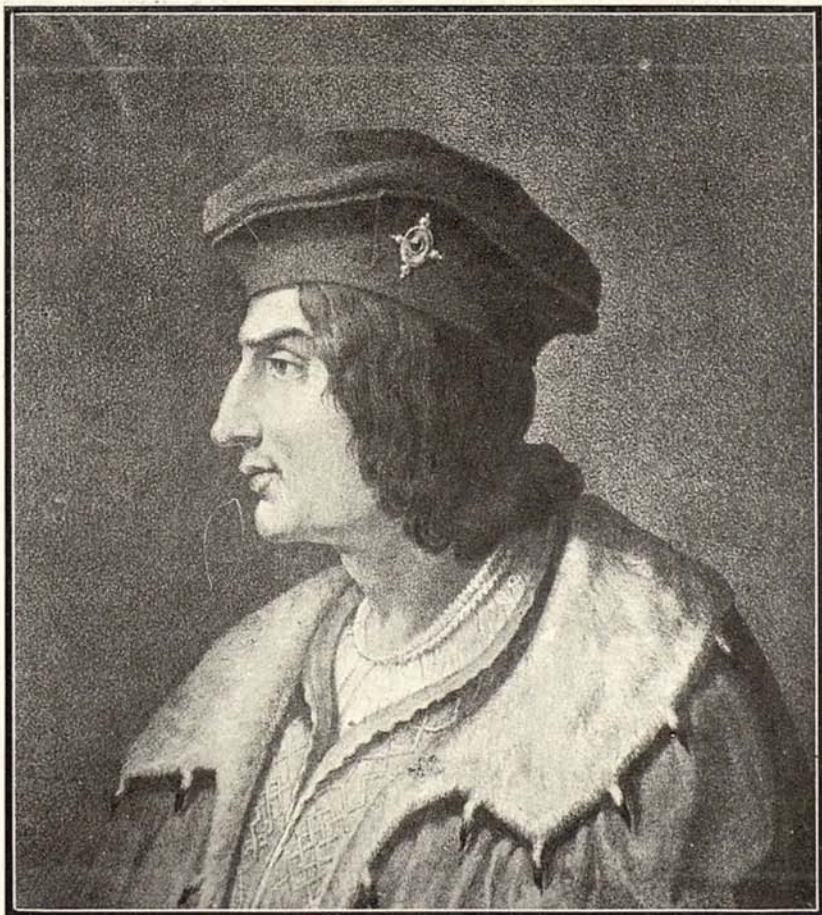
José A. LUENGO



LA BATALLA DE SAN QUINTIN

La famosa batalla de San Quintin va unida á la fundación del Monasterio de El Escorial. Por haberse ganado esta victoria en el día en que la Iglesia conmemora la fiesta de San Lorenzo (1.º de Agosto), y según algunos, por haber obligado las necesidades de la guerra á destruir una ermita del Santo, Felipe II hizo el voto de construir un suntuoso templo. Mandaba las fuerzas francesas el condestable de Montmorency, y las españolas, el duque Manuel Filiberto de Saboya.

Fué el condestable herido y hecho prisionero, así como su hijo, los duques de Montpensier y de Longueville, el mariscal Saint-André, el príncipe de Mantua y otros 300 caballeros, y hasta 5.000 soldados.



EL GRAN CAPITAN

Gonzalo Fernández de Córdoba, que por sus altas prendas militares pasó á la Historia con el sobrenombre de *Gran Capitán*, nació en Montilla (Córdoba), en 16 de Marzo de 1453, y era hijo de D. Pedro Fernández de Aguilar y de doña Elvira Herrera. Al morir su padre todos los bienes de la casa fueron á parar á su hermano mayor por ministerio de la ley; tuvo que buscarse su posición por sus propios méritos y servicios. Comenzó de paje del infante D. Alfonso, cuyos partidarios nombraban Rey frente á Enrique IV. En la guerra de Sucesión que á la muerte de Enrique IV se entabló entre los partidarios de doña Juana la *Beltraneja* y doña Isabel, mandó 120 jinetes, dando muestras de su valor y bizarría.

Después vino la famosa guerra de Granada, campo excelente para desarrollar Gonzalo Fernández de Córdoba sus grandes aptitudes. Peleó al principio como voluntario, después como gobernador de Alora, y posteriormente mandando una partida de Caballería, y apenas hubo lance en que no se hallase. Pero la verdadera fama de Gonzalo la conquistó en las campañas de Italia.

En 1495 desembarcó en Sicilia para socorrer al rey Fernando II, de Nápoles, destronado por el francés Carlos VIII, y la rapidez de sus movimientos, los ardides de guerra y su bravura le valieron el



MUERTE DEL GRAN CAPITÁN, CUADRO DE M. CRESPO

nombre de *Gran Capitán*. Auxilió después al Papa Alejandro VI, librándole del corsario Menoldo Guerri; fué á Nápoles, donde obtuvo el ducado de Santángelo, dos ciudades y siete lugares; aquietó Sicilia, y regresó á España en 1498. En 1500 salió con el conde de Tendilla á combatir contra los moriscos rebeldes de las Alpujarras. Empezó la conquista de Nápoles. Las batallas de Barleta, Ceriñola y Garellano han hecho su nombre célebre en la Historia.

Muerta la reina Isabel, su protectora, se le exigieron cuentas, y resultaba alcanzado, y entonces fué cuando presentó las suyas, que dejaron como proverbio «las cuentas del Gran Capitán».

Cayó en desgracia del Rey, y retirado en Loja y en Granada, unas tenaces cuartanas le quitaron la vida el día 2 de Diciembre de 1515.

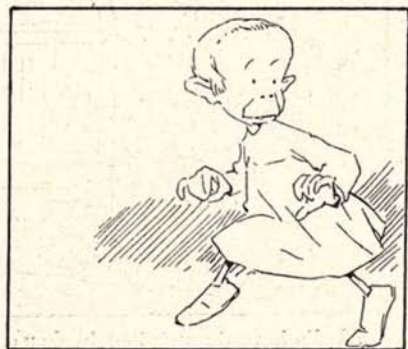
RAPIÑA...



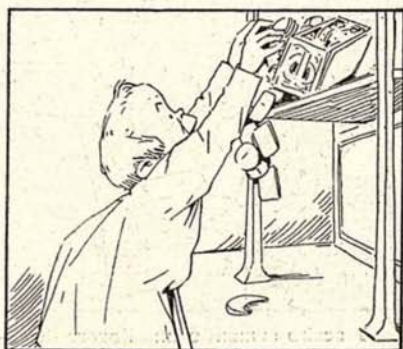
Erase un niño muy feo y con unos instintos de urraca márcadísimos



Cuando se sentaba á la mesa no quería comer, lloraba y hacía muchas mañas.



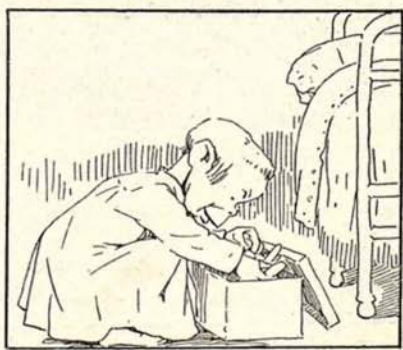
En cambio, cuando no le veían, salía andando en puntillas hacia el comedor.



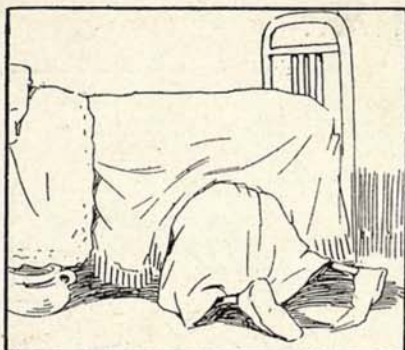
Se encaramaba al aparador y se llevaba cuantas golosinas podía...



Y salía con el delantal repleto de galletas, terrones de azúcar y pastas.



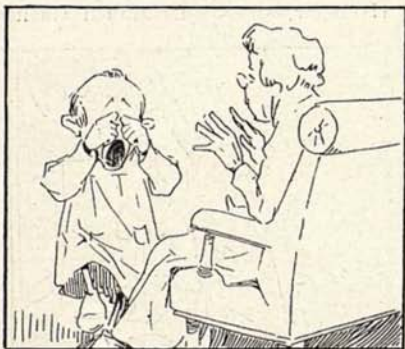
Se encerraba en su cuarto metiendo todo en una caja de cartón...



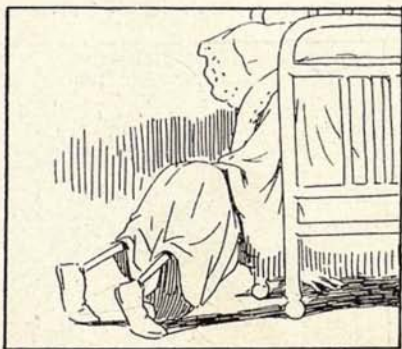
La cual escondía cautelosamente en un rincón, debajo de su cama, para que nadie la viera...



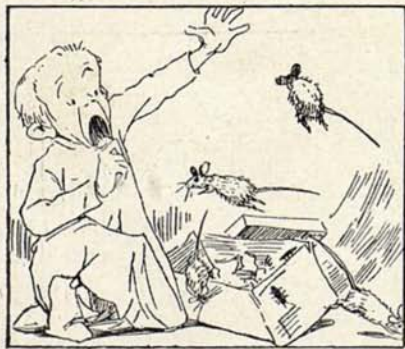
Su tía, que notaba cómo disminuían las cosas dulces, le preguntó; pero el hipócrita negaba...



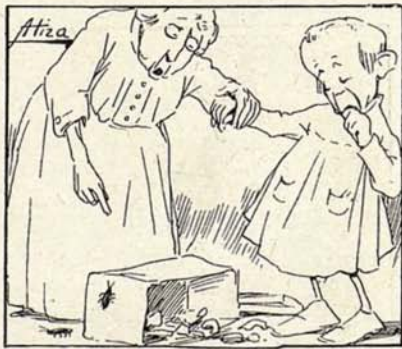
Y acabó armando una llorera de padre y muy señor mío, para que creyeran en su inocencia.



Media hora después llegaba a su escondrijo dispuesto a darse el gran banquete...



Pero al abrir la caja, ¡horror!, salieron saltando infinitos ratones y cucarachas.



El niño malo vió que sus atanes sólo sirvieron para alimentar un enjambre de bichos.